

NÚMERO 158 — TOMO X

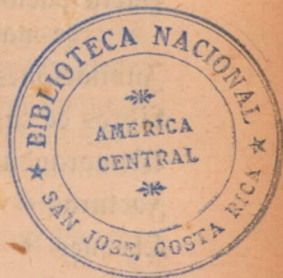
25 DE NOVIEMBRE DE 1927

Reproducción

Director: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

ADMINISTRACION: BOTICA DE LA DOLOROSA

Apartado 230



SAN JOSE DE COSTA RICA

34902 IMPRENTA TREJOS HNOS.

Apartado 1313

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento

en la entrega

de trabajos

REPRODUCCION

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS (Apartado 230)

No. 158	San José, C. R., 25 de Novbre. 1927	Tomo X
---------	-------------------------------------	--------

De la obra "Viaje por
Italia" de H. TAINÉ

Roma - Las iglesias

17 de marzo de 1864

Casi todas las iglesias de Roma son del siglo XVII o de fines del XVI, y todas modernizadas, llevando la marca de la restauración católica que siguió al concilio de Trento. A partir de esta época, el sentimiento religioso se transforma, todo el ascendiente es de los jesuitas. Tienen ellos un gusto, como tienen una teología y una política. Un concepto nuevo de las cosas divinas y humanas produce una manera nueva de entender la belleza: el hombre habla en sus decoraciones, en sus capiteles y en sus cúpulas, a veces más claramente y siempre con más sinceridad que en sus acciones y en sus escritos.

Para ver este gusto jesuita en todo su brillo hay que ir cerca de la plaza de Venecia al *Gesú*, monumento central de la Compañía, edificado por Vignola y por

Santiago della Porta en el último cuarto del siglo xvi. Con la solidez de su asiento y las redondeces de sus formas; con la pomposa majestad de sus pilastras cargadas de capiteles dorados; con sus medias naranjas pintadas, donde se escorzan grandes figuras vestidas o medio desnudas; con sus colores encuadrados en los adornos de la obra; con sus ángeles en relieves, que se salen del reborde de las ménsulas, esta iglesia parece una magnífica sala de banquete de cualquiera casa de ayuntamiento que se adorna con toda su vajilla de plata, sus cristales, sus damascos y sus cortinas guarnecidas de encaje para recibir a un monarca y hacer honor a la ciudad. La catedral de la Edad Media sugería sueños grandiosos y tristes, como el sentimiento de la miseria humana y la adivinación vaga de un reino ideal, donde el corazón que padece encontrará el consuelo y la dicha suprema. El templo de la restauración católica inspira sentimientos de sumisión, de admiración, o al menos de deferencia hacia esa personalidad tan poderosa, tan estable desde muy antiguo, sobre todo tan acreditada y tan bien adornada, que se llama la Iglesia.

Una idea parecida a una proclamación

sale de todo este decorado imponente y deslumbrador. «La antigua Roma había reunido el mundo entero en un solo imperio; yo lo renuevo y le sucedo. Lo que aquélla hizo por los cuerpos, lo haré yo por los espíritus. Por medio de mis misiones, mis seminarios y mi jerarquía, yo estableceré la Iglesia universalmente para siempre con gran magnificencia. Esta Iglesia no es, como quieren los protestantes, la asamblea de las almas alarmadas e independientes, cada cual activa y razonadora ante su Biblia y su consciencia; ni, como querían los primeros cristianos, la asamblea de almas tiernas y tristes, místicamente unidas por la comunidad del éxtasis y la esperanza del reino de Dios: es, muy lejos de eso, un cuerpo de potencias ordenadas, una institución santa, subsistente por sí misma y soberana de los espíritus. No reside en ellos, no depende de ellos, tiene su manantial en sí misma. Es una especie de dios intermediario, que sustituye al otro y está dotado de todos sus derechos».

Una ambición semejante no deja de tener su grandeza y provoca sentimientos poderosos. Sin duda que nada tiene de común con la vida espiritual interior, diá-

logo continuo de la consciencia cristiana, ocupada en examinarse delante del Dios justo, sino que es toda humana y se parece al cielo que un monje tiene por su orden, al de un francés del siglo xvii por su monarquía; mas por ello, el hombre se siente como comprimido en una gran institución durable que él prefiere a sí mismo, en la cual de sí mismo se olvida y por la cual trabaja y se sacrifica: esta era la pasión de un romano por su Roma.

En efecto, la Roma nueva es a la antigua lo que una de estas iglesias, coronadas de su cúpula, es al panteón de Agripa; quiero decir, una copia alterada, recargada; la misma, sin embargo, en el fondo, salvo la diferencia de que el gobierno de la segunda Roma, siendo espiritual, no temporal, va del alma al cuerpo, no del cuerpo al alma. En la una, lo mismo que en la otra, se trata de reglamentar la vida humana entera, según cierto plan preconcebido, bajo una autoridad absoluta, fuera de la cual todo ha de parecer desorden y barbarie. Donde la Roma antigua empleaba la fuerza, la nueva emplea la habilidad, precauciones, paciencia y cálculos de la diplomacia y de la política; pero el fondo del corazón no ha cambiado, y

en cuanto a los hábitos e índole del alma, nada es más semejante a un senador romano que un prelado católico.

Preciso es colocarse en este punto de vista para comprender los edificios eclesiásticos de Italia, que glorifican, no al cristianismo, sino a la Iglesia. Este nuevo catolicismo se apoya sobre bases numerosas y todas muy fuertes, a saber:

1.^a Sobre la costumbre. El hombre tiene la inteligencia de cordero: de cien personas, no hay tres que tengan el tiempo necesario y el espíritu para formarse por sí mismas una opinión en materia religiosa.

2.^a Sobre el buen orden regular y el exterior imponente de la institución. Desde el concilio de Trento, la disciplina de la Iglesia se aseguró más firmemente; bajo la oposición de la Reforma, se proveyó a la instrucción y a la decencia del clero.

3.^a Sobre la pompa y el prestigio del culto y de los edificios; sobre las grandes cosas hechas, como son las misiones y las conversiones; sobre la antigüedad de la institución y todo eso que Chateaubriand ha dilucidado con tan bello estilo.

4.^a Sobre la imaginación supersticiosa, más o menos grande según los climas, muy fuerte en los pueblos del Mediodía,

terrible en el momento de la muerte. Un hombre de sangre caliente, de concepciones vivas y apasionadas, siempre es captado por la vista. He conocido a muchos que se creían racionalistas y volterianos, y sin embargo, un entierro, la vista de una imagen de la Virgen en su nicho brillante, entre los resplandores de los cirios y las nubes de incienso, los ponía fuera de sí, los postraba en tierra de rodillas. En cabezas de esta laya, la idea no puede resistir a la imagen.

5.^a Sobre *la utilidad represiva*. Los gobiernos, las gentes formales, encuentran una policía más: la de las cosas morales.

6.^a Sobre la porción de virtud que se desarrolla. Ciertas almas, por delicadeza natural, se encantan ante la poesía de la tradición mística.

Estas no son más que las líneas generales; hay otros rasgos más particulares, añadidos por los jesuitas, y que son cosa propia de esta asociación. Con sólo dar veinte pasos en su iglesia del Gesú, al punto se los conoce. Entre estas ingeniosas y delicadas manos, la religión se ha hecho mundana, quiere agradar, adorna su templo como un salón, hasta le adorna demasiado; se diría que hace alarde de

la riqueza; trata de halagar los ojos, de deslumbrarlos, de excitar la atención, ya herida, y de parecer galante y vistosa. Las rotondas que hay sobre los dos costados de la nave principal del Gesú son encantadores gabinetes de mármol, frescos y a media oscuridad como *boudoirs* o cuartos de baño de las bellas aristocráticas. Sus columnas de preciosos mármoles elevan desde todas partes sus fustes pulimentados, donde serpentean matices de naranja, de rosa y verde. Una tapicería de mármoles recubre los muros con sus brillos abigarrados; en las cornisas, bellos ángeles de mármol blanco se abalanzan desplegando sus elegantes piernas. Los dorados, muy profusos, corren entre los capiteles, brillan alrededor de las pinturas, se extienden en glorias por cima de los altares, suben a lo largo de las balaustradas en filetes luminosos, se acumulan en los santuarios formando ramilletes labrados, pródigas eflorescencias con un aire de fiesta que hace pensar en una galería de príncipe dispuesta para un baile. En estos reflejos amarillos del oro, entre estas incrustaciones de mármoles de colores, a través del ambiente, aún cargado de vagos perfumes de incienso, se ven como removerse gran-

des grupos estatuarios de mármol blanco que proclaman el nuevo espíritu de la ortodoxia y de la obediencia: *la Religión que aplasta a la Herejía; la Iglesia, que abate a los falsos doctores*. A la izquierda se levanta el trono del patrón de aquel sitio, el gran altar de San Ignacio, detrás de una balaustrada de bronce toda llena de amables y risueños angelitos dorados que juegan, y todo encuadrado de bolas de ágata, adornado y embellecido de tal manera, que nada le iguala, excepto la armazón y conjunto de figuras, de flame-ros, de follaje, de dorados que coronan la parte superior, acumulados y mezclados como guarnición de gran chimenea de salón o como altar portátil callejero. Allá, en la mano del Padre Eterno, se ve el célebre globo, el trozo más grande de lapizlázuli que se conoce; allí está la estatua de plata de San Ignacio, de nueve pies de altura. Un clérigo que está barriendo el pavimento, levanta la cortina para enseñarme las incrustaciones de mármol, pasa complacido su mano por las relucientes ágatas y me habla con pena de los candeleros de oro que fueron robados durante la guerra de la Revolución; se tiene por feliz cuidando aquel altar tan bello, que él prefiere

al de la capilla mayor. Luégo me excita a volver mañana, para ver por mis propios ojos la estatua de plata de nueve pies de altura, pues hoy está cubierta por las cortinas: «¡Toda de plata, caballero, toda de plata y de nueve pies de alta! ¡No hay en el mundo cosa parecida!» El campesino o artesano del siglo xvii se descubría con miedo reverente en la mansión de un personaje tan rico; el caballero y el elegante se encontraban aquí en su mundo, entre muebles tan pomposos y fastuosos como los suyos; además, encontraban aquí mujeres bien vestidas y oían música excelente.

Todo esto forma parte de un sistema. Se halla úno penetrado de él desde que empieza a recorrer el Mediodía. Le he observado ya en Bélgica, en el buen país tranquilo y dócil recobrado por el duque de Parma, en la iglesia de los jesuitas de Amberes, en la decoración interior de casi todas las antiguas catedrales, en este célebre púlpito de Santa Gúdula, verdadero jardín donde se han puesto enrejados, follajes, un pavo real, un águila, todo género de animales, todo el mueblaje del paraíso, Adán y Eva vestidos decentemente, el ángel que quiere encolerizarse, pero tiene

el aire de reírse. Tanta cosa jesuítica tiene así el aspecto de la alegría y de la atracción o excitación, despierta ideas de comodidad y de orden. Por ejemplo, sobre la cabeza del predicador un cielo de cama con nubes, parecido al de una alcoba; más alto aún la Virgen, una señorita esbelta y graciosa dispuesta a bailar, con bellos brazos muy delgados. El comentario de estas decoraciones es el *Imago primi sæculi*, soberbio libro con láminas, que es como el programa y manifestación del gusto jesuítico. Se ve al jesuita hecho una nodriza balanceando al divino Niño, o bien al jesuita pescador cogiendo almas con un anzuelo; más abajo, versos latinos y versos franceses en estilo de colegio. Estas no son otra cosa que gracias delicadas, melindrosas, juegos de palabras preciosos, adornos de gusto refinado, dulces insipideces; en una palabra, todos los dulces de la confitería devota.

Si han fabricado confituras, lo han hecho demostrando genio: la prueba es que de este modo han reconquistado la mitad de Europa, y si han llegado a conseguirlo, es que han hallado una de las ideas capitales de su tiempo. En este momento el catolicismo no debía hacer un cuarto

de conversión para poder subsistir, y por ellos lo ha hecho. Después del glorioso y universal renacimiento, en medio de estas industrias, de estas artes y de estas ciencias nuevas que abrigaban, embellecían y ampliaban la vida humana, la religión ascética de la Edad Media no podía perdurar. No se podía ya mirar el mundo como un calabozo, ni al hombre como un gusano de la tierra, ni la Naturaleza como un velo frágil y temporal desgraciadamente interpuesto entre Dios y el alma para dejar entrever acá y allá por sus desgarrones el mundo sobrenatural, único sólido y subsistente. Se había tomado confianza en la fuerza y en la razón humanas; se comenzaba a sentir la estabilidad de las leyes naturales; se gozaba casi de la protección establecida por las monarquías regulares; se gustaba ávidamente del bienestar que todos los manantiales arrojaban a torrentes. Habían vuelto la salud y el vigor, y bien nutridos los músculos, bien equilibrado el cerebro, la cálida y roja onda de la vida, abundantemente difundida en las venas, repugnaba la fiebre mística, las dolorosas visiones, las angustias y los ímpetus extáticos que habían producido la sequedad debilitante del ayuno y la tur-

bación de los nervios sobreexcitados. Era preciso que la religión se acomodase a la nueva condición de los hombres; tenía que atemperarse, retirar o alejar la maldición que había echado sobre la tierra; autorizar o tolerar los instintos naturales; aceptar abiertamente o por medio de un hábil rodeo la expansión de la vida temporal, y no condenar ya en adelante el que se buscara y se tuviera gusto por el bienestar. Se conformó la religión con el tiempo, y así en el Norte como en el Mediodía, entre los pueblos germánicos como entre los latinos, se vió al cristianismo aproximarse al mundo que maldijera. El cristiano protestante honra y canoniza el libre examen, el trabajo útil, el casamiento serio, la vida de familia, la honesta adquisición de la riqueza, el goce moderado de las alegrías domésticas y de las comodidades materiales. «Nuestro asunto —decía Addison— es llegar aquí bajo a la vida cómoda y allá arriba a la vida feliz». El jesuita atenuó la espantable doctrina de la gracia, desfiguró las prescripciones rígidas de los concilios y de los Santos Padres, inventó la dirección espiritual indulgente, la moral relajada, la casuística acomodaticia, la devoción

fácil, y por medio del más hábil empleo de las distinciones teológicas, las restricciones, las interpretaciones, las probabilidades y todas las espesuras laberínticas de la teología complaciente, llegó a devolver al hombre la libertad del placer. «Divertíos, sed jóvenes: únicamente os exigimos que vengáis de cuando en cuando a contarnos vuestros negocios. Creed por lo demás que os prestaremos gustosos pequeños servicios muy gratos».

Mas para relajar un freno era preciso asegurar otro. Contra los desarreglos de los instintos medio desencadenados, el protestante había inventado una barrera en el aviso de consciencia, en el llamamiento a la razón, en el desarrollo de la acción ordenada y laboriosa. El jesuita buscó el dique en la dirección metódica y mecánica de la imaginación. Este fué su alarde de genio. Descubrió en la naturaleza humana una armadura desconocida y profunda que sirve de sostén a todas las otras, y que una vez inclinada en un sentido comunica su dirección al resto del individuo, de modo que en adelante todo rueda sobre la pendiente así practicada y dispuesta. Nuestro fondo íntimo no es la razón y el razonamiento,

son las imágenes. Las figuras sencillas de las cosas, una vez llevadas a nuestro cerebro, allí se ordenan, se repiten, se mezclan con afinidades y adherencias involuntarias: cuando por consecuencia obramos, es en el sentido y por el impulso de las fuerzas así producidas, como una vegetación visible, hija de semillas invisibles que la fermentación interior ha hecho germinar sin nuestro concurso. El que llega a ser dueño de la concavidad obscura donde esta operación se verifica, es dueño del hombre; no hay más que sembrar granos y dirigir la germinación subterránea, que la planta crecida será lo que al dueño le plazca. Hay que leer los ejercicios espirituales, *Exercitia spiritualia*, de San Ignacio, para saber cómo sin poesía, sin filosofía, sin empleo alguno de las fuerzas nobles de la religión, es posible apoderarse del hombre. Los jesuitas tienen una receta para hacer devotas a las gentes y la aplican en sus *retiros*: el efecto es seguro.

«El primer punto—dicen estos astutos psicólogos—es formar el lugar en la imaginación, esto es, figurarse que se ven las sinagogas, las posesiones, los pueblos que Jesucristo recorría en sus predicaciones...; es necesario representarse por una especie

de visión de la imaginativa un sitio material, como un templo o una montaña sobre la cual encontramos a Jesucristo o a la Virgen María y las otras cosas que se relacionan con la meditación...» «El segundo punto es oír por el sentido interior lo que dicen todos los personajes, por ejemplo, las personas divinas, conversando juntas en el cielo sobre la redención del género humano, o bien la Virgen y el ángel en un cuartito tratando juntos y a solas del misterio de la encarnación... Si nuestra meditación tiene por fondo una cosa incorpórea, como por ejemplo, la consideración de los pecados, se podrá construir el lugar de tal suerte que por la imaginación veamos nuestra alma encadenada como en una cárcel en este cuerpo corruptible, y al hombre mismo desterrado en este valle de lágrimas entre las bestias feroces». Asimismo, para sentir bien la condición del cristiano, es conveniente figurarse dos ejércitos: Cristo con los santos y los ángeles en un vasto campo, cerca de Jerusalén, y Lucifer, «jefe de los impíos, en otro campo, cerca de Babilonia, sentado sobre un trono lleno de fuego y de humo, horrible de aspecto y aterradora su faz. En seguida habrá que

poner ante la vista al mismo Lucifer convocando a los innumerables demonios y enviándolos a hacer daño por todo el universo, sin que ninguna ciudad, lugar o clase de personas quede libre de sus ataques». Todas las vueltas de esta rueda son completas. Si se trata del infierno, «el primer punto es contemplar con la imaginación los vastos incendios de los infiernos y las almas encerradas en ciertos suplicios ardientes, a manera de calabozos. El segundo es escuchar con la imaginación las quejas, los sollozos, los gritos que lanzan los condenados contra Cristo y los santos. El tercero es respirar con la imaginación el humo, el azufre y el hedor de una especie de sentina o bóveda de polvo y podredumbre. El cuarto es gustar también con la imaginación las cosas más amargas, como las lágrimas, la acritud y el gusano de la consciencia. El quinto es tocar en los fuegos cuyo contacto consume las almas». Cada diente de este engranaje muerde a su vez: desde luego las imágenes de la vista, después las del oído, después las del olfato, del gusto, del tacto; la repetición y la persistencia del choque, profundizan la huella. Cinco horas por día se meditará de este

modo. No será permitido distraerse en los intervalos de descanso. No se verá a nadie de fuera. Se evitará el hablar a los mismos religiosos de la casa. Se evitará leer o escribir cosa alguna que no sea referente a la meditación del día. Se volverá a lo mismo en la noche. Realizada la experiencia, este tratamiento ha producido su efecto en cuatro semanas. A mi juicio esto es bastante: conozco buen número de personas que con este régimen al cabo de quince días se habrían llenado de alucinaciones; con diez bastaría para destrozar una cabeza caliente, la de una mujer, la de un niño, un cerebro débil y triste. Así, machacado y hundido, la huella es indestructible. Podéis dejar pasar el torrente de las pasiones y de la vida mundana; en veinte años, en treinta, a la proximidad de la muerte, al tiempo de las grandes angustias, se verá reaparecer la marca profunda sobre la cual en vano se habrá pasado, sin borrarla jamás.

La Biblioteca Universitaria

En el año de 1884, memorable por más de un motivo, para los costarricenses, no había en San José biblioteca pública alguna, ni señal de que el Gobierno pensara en establecerla, cuando tuvo a bien la Directiva de la Universidad de Santo Tomás aumentar la que poseía y abrirla al servicio de todos.

Presidía la Directiva el Rector, Licenciado don Vicente Sáenz.

La inauguración solemne de la Biblioteca Universitaria se verificó el lunes 15 de setiembre, aniversario de nuestra Independencia del gobierno de España. El Doctor don Lorenzo Montúfar, su hijo Lic. don Rafael Montúfar y el Lic. don Alejandro Alvarado pronunciaron discursos en ese acto.

¡Cosas de la suerte! ¿Quién hubiera podido prever entonces que antes de que se cumplieran cuatro años de la fundación de la Biblioteca, hallándose ésta en pleno auge, sería despojada de ella la Universidad?... En efecto: en 1888, gracias a muchos desinteresados esfuerzos, la

Biblioteca crecía y progresaba, era cada día más conocida dentro y fuera del país, y con un pequeñísimo costo mensual prestaba bastantes servicios. ¡Ah!... pero no dependía del Gobierno, y el imperialismo oficial no podía verla con buenos ojos en manos ajenas. La prosperidad misma fue adversa a la institución, que llegó a constituir un incentivo más para destruir la Universidad, mediante un fácil abuso de poder, a fin de apoderarse de su edificio —sin igual aun hoy al cabo de 39 años, —su biblioteca y su capital, consolidado en el Tesoro Público.

Don Miguel Obregón Lizano fue el primer Bibliotecario y trabajó empeñosamente mientras sus demás ocupaciones se lo permitieron.

Por mi parte, desde el 17 de setiembre dicho concurrí diariamente a la Biblioteca, en donde había mucho bueno que leer y se disfrutaba de tranquilidad.

Ocupaba la Biblioteca el salón situado al Este del vestíbulo, y comunicado con éste directamente, la sala contigua de la esquina nordeste y la siguiente por el Sur, con puertas la última y el salón al corredor o galería, y todos con ventanas enrejadas hacia la vía pública.

A las obras de la antigua biblioteca, algunas valiosas aunque incompletas, se habían agregado otras seleccionadas no sé por quien e importadas recientemente por cuenta de la Universidad. Casi todas estaban marcadas con el nombre correspondiente grabado en la pasta. Eran en su mayor parte de ciencias naturales, matemáticas, geografía, historia, literatura clásica española, latina, etc., medicina, derecho y legislación. Había muy pocas novelas contemporáneas, contándose entre las existentes las primeras y más celebradas de Pérez Galdós. También había buenas revistas extranjeras.

Se abrió al público la Biblioteca en los días de trabajo, de 4 a 10 p. m., y de 11 a. m. a 6 p. m. en los demás días.

Ya en enero de 1885, me confió alguna vez el señor Obregón el cuidado de la Biblioteca, por saber que me interesaba por ella con toda devoción.

La guerra emprendida por el gobernante de Guatemala, don Justo Rufino Barrios, para someter por la fuerza a los países de la América Central que no le reconocieran como jefe de toda ella, nos sorprendió a los costarricenses el domingo 8 de marzo de 1885, en que se reunió

extraordinariamente el Congreso para tratar del asunto. Resuelto que el país debía ir a la guerra, el día 10 se hizo con los toques de ordenanza por las bandas y con salvas de artillería, el llamamiento general al servicio de las armas. La gente acudió en masa a los cuarteles, cuyas puertas se abrían de par en par; y como se llenaron completamente, el Gobierno ocupó cuantos edificios grandes había, el de la Universidad, como siempre, en primer término.

La Biblioteca, por consecuencia, no pudo ser abierta mientras duró aquella especie de pesadilla, que no nos permitía ni descansar tranquilamente a los que no tomámos parte en la expedición a Nicaragua y su frontera con Honduras, cuyo gobierno se había doblegado al de Guatemala.

Por casualidad no recibió daño la Biblioteca, cuando ni los retratos de cuerpo entero que estaban en el salón de actos de la Universidad se libraron de los ultrajes de la soldadesca. Y en mayo, terminada la guerra, abrió de nuevo sus puertas la Biblioteca.

El 29 de enero de 1887 me llamaron a reemplazar al señor Obregón por seis

meses en el puesto de Bibliotecario, y la recibí de él a los dos días. El propio día 31 logré que entrara a la Biblioteca el Rector, Doctor don Carlos Durán, y le expuse las necesidades más urgentes que en ella notaba. En cuanto a muebles, desde luego me facultó el Rector para que de los del extinguido Instituto Universitario (fundado y sostenido por la Universidad), tomara los que pudieran utilizarse en la Biblioteca. Entre ellos había buenos pupitres de hierro y madera importados de los Estados Unidos por cuenta de la Universidad, y se proveyó de los mismos a la Biblioteca.

El primer trabajo extraordinario a que me dediqué inmediatamente fue el de clasificar las obras por materias, darles una colocación mejor, a la vez que inventariarlas, para luego completar el catálogo existente. De paso examinaba los índices de las obras que no conocía, para tener siquiera una ligera idea de su contenido. Esto me sirvió para responder a las preguntas que me hicieran los concurrentes, especialmente los niños.

A propósito de consultas, me acuerdo de que fui propagandista de ciertas obras, pues cuando con toda confianza me ma-

nifestaban los concurrentes que deseaban leer *algo bonito*, es decir, que no fuera científico o clásico, les indicaba alguna de las novelas de Pérez Galdós; por ejemplo, los primeros *Episodios Nacionales*, a los muchachos; *Gloria*, *Doña Perfecta*, *Marianela*, *La familia de León Roch*, etc., a los mayores. Así se despertaba en algunos la afición a la lectura, y de las novelas, poquísimas y escogidas, pasaban a la historia, etc.

Combatí las malas prácticas de los lectores y paulatinamente fuí habituando a todos al orden en los términos más suaves.

La mejora del alumbrado, que era muy deficiente, se verificó en abril del expresado año. En ello intervino con buena voluntad el Vocal Lic. don Máximo Fernández, comisionado al efecto por la Directiva.

Se dotó en seguida a la Biblioteca de un sirviente especial, pues el conserje no era capaz de hacer lo que requería el adelanto de la Biblioteca. Las lámparas que se usaban, de petróleo, exigían vigilancia constante y aseo cuidadoso. A lo mejor estallaban los tubos por defecto del mecanismo o por causa de una ráfaga de

aire, o, cuando menos, se ahumaban. Hasta el Bibliotecario debía ocuparse en poner remedio al mal en ciertos casos. Una vez nos llevamos un susto grande: acababa de dejar su sitio un asiduo lector, que tomaba notas en largas tiras de papel, don Tirso Navarro, cuando se oyó el estallido del tubo de la lámpara que pendía sobre ese sitio, y los pedazos de vidrio se clavaron con fuerza en la mesa de trabajo. No se tiene ahora idea del alumbrado de aquel tiempo.

Para poder dedicarme a mis quehaceres de escritorio en servicio de la Biblioteca, compartí el trabajo con mi hermano Elías, por mi cuenta; él se hizo cargo desde el mes de mayo de atender a los lectores y vigilar en el salón de lectura, a las horas de mayor concurrencia.

Molestias no faltaban de parte de los lectores. Cierta noche tuve que salir en pos de un muchacho que se alejó llevándose un libro; y aunque no pude alcanzarlo antes de que llegara a su casa, obtuve la devolución del libro merced a la intervención de una señorita vecina y amiga de la familia del muchacho. Algunos de los estudiantes compañeros míos, sin malicia se iban a veces al vestíbulo o

los corredores con los libros, y me obligaban a salir a suplicarles que volvieran al salón o me diesen los libros, pues la consigna de la Directiva era que sin orden de ella, no podía sacarse libro alguno de la Biblioteca.

El fiel cumplimiento de dicha consigna me originó otras dificultades como se verá. Fue una el haber tenido que excusarme de complacer el deseo del señor Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Licdo. don Ascensión Esquivel, quien me pidió por medio de un empleado de su dependencia que le prestara una obra que necesitaba en su oficina. Le invité a que fuese a la Biblioteca a una hora de su gusto, pero no aceptó. En otro caso mi conducta me atrajo aun amenazas de uno de los Subsecretarios de Estado. Sucedió que a los que dirigían el recién establecido Museo Nacional (por deferencia de la Directiva, en el edificio de la Universidad), se les ocurrió pedirme una o más obras existentes en la Biblioteca, pero que por los sellos en ellas estampados, se comprendía que habían pertenecido al Gobierno. Sostenían que eran del Museo, lo cual no tenía asomo de fundamento. Como les

contestara que precisaba la orden del caso, la obtuvieron del Rector, a quien sorprendieron; mas como en ella me dijese que entregara los libros que hubiera del Museo, me negué a entregar los que deseaban, por no existir prueba de que pertenecieran a éste. Previa explicación dada al Rector, revocó su orden. Oficialmente se reclamó de la Directiva la entrega, mas ella desechó el reclamo con vista del informe que dispuso le diera yo, en el cual, con los datos que me suministró mi antecesor señor Obregón, pude demostrar que los libros habían sido regalados para la Biblioteca hacía como tres años. Se comprende el enojo del iracundo Subsecretario. Este último incidente no ocurrió en 1887, sino en 1888, cuando el Gobierno parecía deseoso de pretextos para reñir con la Universidad y acalorarse a fin de no tener que matarla a sangre fría.

En setiembre se habló de la propuesta de compra del edificio de la Universidad hecha por el Gobierno, el cual ya no disimulaba su deseo de adquirirlo a todo trance. Así se le quitaba importancia a la Universidad y se conseguía indirectamente la extinción de ella, pues las corporacio-

nes, como los individuos, tienen necesidad de asiento fijo hasta para infundir respeto. Ignoro los detalles del caso. Sí puedo afirmar con certeza que la noticia me pareció un mal síntoma, como los hechos posteriores lo probaron.

A pesar de todo, me empeñé en que se hiciera otro pedido de libros y la Directiva así lo dispuso. En la elección de las obras, me ayudaron bondadosamente los estudiantes don Antonio Zelaya y don Octavio Quesada. Del pedido se encargó la sociedad comisionista «Luján y Mata», en octubre. Los libros vinieron algunos meses después.

Además continué esforzándome por atraer a los lectores. Con tal objeto logré que algunos periodistas visitaran la Biblioteca y publicaran sus impresiones respecto a ella. El conocido escritor don Juan María Murillo dedicó al establecimiento un notable artículo que, por desgracia, no conservo.

Llegó por fin el año de 1888, fatal para la Universidad y, en consecuencia, para la Biblioteca.

El nuevo Rector señor Licdo. don Juan Ulloa (padre), visitó la Biblioteca el 17 de enero. Estaba animado de los mejores

deseos, pero pronto le faltó la salud; murió tras corta enfermedad, y su entierro fue el domingo 24 de junio.

Poco más de un mes después, el 4 de agosto, fue el señor Licdo. don Félix A. Montero, 2.º Vocal de la Directiva, quien me visitó en la Biblioteca para comunicarme la infausta nueva de la disolución de la Universidad, pues habiéndola propuesto al Congreso el señor Presidente de la República, Licdo. don Bernardo Soto, por medio de su Secretario de Instrucción Pública, señor Licdo. don Mauro Fernández, era cosa decidida la disolución; que ni el Poder Ejecutivo, dadas las circunstancias, habría de volver sobre sí, ni el Congreso se negaría a complacerle en esto cuando en cuanto a negocios más graves no lo había hecho. Sin embargo, el señor Montero pensaba lo mismo que yo, que por el buen nombre y decoro de la Universidad, precisaba hacer por ella lo que se pudiese. Le había de tocar a don Félix, como le tocó, por la defección de otros, ocupar el primer puesto al frente de los defensores de la Universidad.

Las últimas asambleas generales se verificaron el 7 y el 15 de agosto. En aqué-

lla, muy concurrida, se acordó suplicar al Presidente, por las razones que se expusieron, que desistiera de su idea. En la del 15, con escasa concurrencia, como era natural, no se trató sino de protestar y conferir poder al señor Montero y al Lic. don José Vargas M. para la defensa de los derechos de la Universidad. Algo referente a la última asamblea he publicado en el diario *El Figaro* (año 1901) y en *Reproducción* (n.º 86, tomo v). También he publicado la lista de los sesenta y nueve individuos de la Universidad que suscribieron el memorial presentado al Congreso. Entre ellos aparecen los nombres de los señores Montero y Vargas y los de don Juan F. Ferraz, Dr. don Vicente Herrera, don Francisco María Iglesias, Dr. don Pedro León Páez, Dr. don Juan José Ulloa Giralt, Licdos. don J. Federico González, don Ezequiel Herrera, don Rafael Alvarado Barroeta, don Cérvulo Quirós, don Faustino Montes de Oca, don Leonidas Carranza, don Angel Anselmo Castro, don José Joaquín Trejos, Dres. don Jenaro Rucavado y don José María Soto Alfaro (hermano del Presidente de la República), don Alejandro González, etc., etc., etc. (*Reproducción* n.º 130, tomo VIII).

Estando para consumarse el plan contra la Universidad, procedí a preparar la Biblioteca para la triste entrega: cual si amortajara el cadáver de una persona querida, después del aseo del establecimiento en general y de los libros en especial, puse en los armarios sustancias que hicieran alejarse a los animales nocivos. El día 21 de agosto la entregué al jefe accidental de la Universidad, Lic. Montero, y con profundo dolor, abandoné el edificio aquél donde había estado el hogar de mi inteligencia, no menos amado que el de mis padres, y del cual expulsaron luego a los profesores y estudiantes así como los libros de la Biblioteca, para siempre.

Al día siguiente se publicó en *La Gaceta* el decreto de muerte.

Supe que el Lic. Montero había guardado en su casa el archivo universitario para evitar que fuera destruido, como lo fue el del Instituto Nacional. Años después, muerto en el ostracismo aquel noble patriota, con anuencia de su familia recogí lo que como de ese archivo conservaba, y, en mi propio nombre, lo entregué a los Archivos Nacionales.

No cerró las puertas de entrada al edificio el Lic. Montero, según me dijo, en

atención a que allí habitaba el viejo conserje don Simón Vargas con su familia; pero sí guardó las llaves de la Biblioteca. Para averiguar el paradero de ellas, le pareció más propio a cierto Secretario de Estado, no enviar a pedírmelas, sino levantar una información policiaca como si se tratara de un hurto. Me hicieron comparecer ante un Agente Principal de Policía para que diese mi declaración como indiciado. En seguida, cambió de táctica respecto al Lic. Montero: comisionó nada menos que al Gobernador de esta provincia, Lic. don Francisco María Fuentes, para que le rogara que las entregase, lo que hizo don Félix a cambio de un documento en que consignó lo que tuvo por conveniente, suscrito por el Gobernador. Alguien me dijo que no había sido el señor Secretario de Instrucción Pública el autor del procedimiento contra mí dirigido, y lo creí, pues él era incapaz de ordenar semejante cosa, que acusaba pequeñez de ánimo.

En la legislatura de 1890, cambiado el personal del Gobierno y por iniciativa del Lic. Montero, a la sazón Diputado, el Congreso—integrado en parte por los antiguos Diputados—derogó el decreto de

abolición de la Universidad, dispuso restablecerla y entregarle su edificio y los otros bienes. Nadie se opuso abiertamente a ello, pero el Poder Ejecutivo no cumplió el nuevo decreto. Todo permaneció y permanece como estaba. Los enemigos de la Universidad dominaban entonces y han seguido dominando. De otro lado, hay intereses creados en contra de ella. Es evidente que con esto se contó en 1888: disuelta la Universidad, de día en día iría siendo más difícil restablecerla. Además la acción del Poder Ejecutivo se encaminaría principalmente a reclutar partidarios interesados en el sostenimiento del sistema imperialista. Ahora se necesitan en gran cantidad empleos, prebendas y encargos lucrativos para recompensar a los que colaboran con los aspirantes al poder en las farsas electorales, tanto que para tener más de que disponer se ha entronizado el recurso del monopolio de los negocios. Y los *sentimentalistas* o *cabezas calientes*, como nos decían en 1888, no poseemos ninguna influencia.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José, Costa Rica, setbre. 1927.